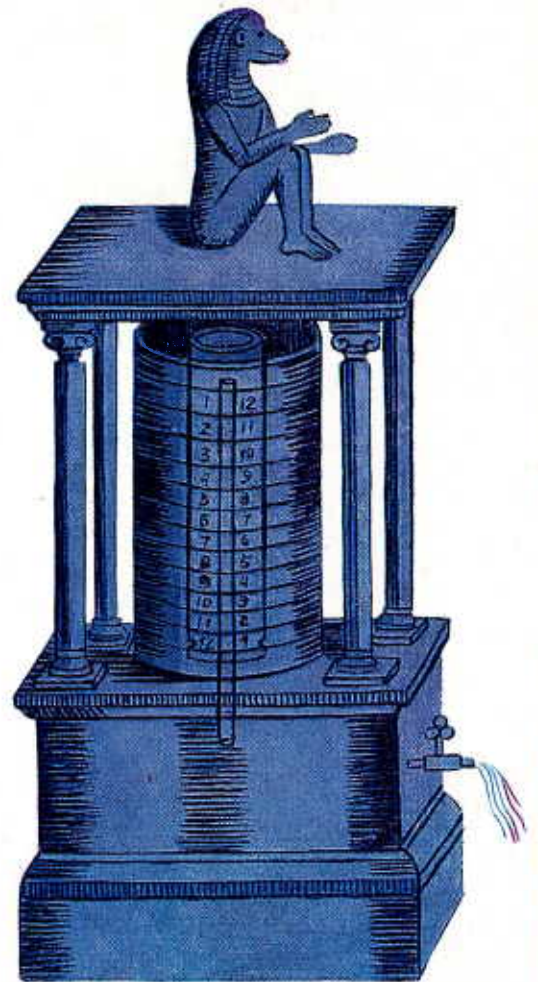


**HOMENAJE A DON RAFAEL
GONZALEZ ALVAREZ**



BORT

MECANISMOS AUTOMATAS ALEJANDRINOS. RECONSTRUIDOS POR EL PADRE KIRCHER, EN SU OBRA "OEDIPUS AEGYPTIACUS" (SIGLO XVII)

BOLETIN
DE INFORMACION CIENTIFICA
DE LOS LABORATORIOS
SYVA



AÑO XXV - ENERO 1976 - N.º 210

**PUBLICACION
DEDICADA
A LOS
VETERINARIOS
ESPAÑALES**

Redacción, Administración y Oficinas: LABORATORIOS SYVA
Ctra. de Trobajo, s/n. - LEÓN
Director: D. VICTORIANO CREMER ALONSO
Imprime: IMPRENTA MIJARES - Villa de Benavente, 12 - L E O N
Portada: JOSE BORT, Madrid

SUMARIO

	Pág.
Don Rafael González Álvarez: Homenaje y Gracitud.	1
La lección de cada día.-Dos temas agrarios: I.-Reivindicación de la pequeña empresa agraria	3
II.-La Agricultura y Ganadería en los EE. UU. ante la crisis actual	6
La pluma y el magisterio de Don Rafael	9
Epístola a modo de recuerdo.-Semblanza biográfica del Profesor Dr. Rafael González Álvarez	12
Inauguración Curso 1947-48.	15
Bibliografía	20
El «Plan 1931» de Enseñanzas Veterinarias	22
La Veterinaria vista por Don Rafael González Álvarez	30
Posibilidades de mejora en el manejo del ganado lanar español	37
La virología veterinaria en el Tercer Congreso Mundial de Virología	45
Libros: Enfermedades de los estómagos de los bóvidos	50
Fisiología digestiva y nutrición de los rumiantes	50
Medidas sanitarias en las explotaciones avícolas	50
Producción de terneros destetados	51
Nutrición de las ovejas	51
Inspección veterinaria de pescados	51
Programación de granjas con computadoras	52
Producción de vacuno de carne en praderas	52

Dep. Leg. LE. 79-1958 | Núm. Reg. LE. 84-1960 | IMP. MIJARES - León



D. MIGUEL CORDERO DEL CAMPILLO

LA VETERINARIA VISTA POR D. RAFAEL GONZALEZ ALVAREZ

Por
MIGUEL
CORDERO
DEL CAMPILLO



Rafael González Alvarez podría titularse, con toda justicia, el Cronista de la Profesión Veterinaria, en sus últimos tiempos. Desde su incorporación a la cátedra, ha permanecido alerta a los aconteceres veterinarios, de los que se ha situado a suficiente distancia para no mancharse en las luchas por el poder o las prebendas, con lo que ha ganado en perspectiva y en decoro. Además, no ha sido el observador que elabora para sí pensamientos críticos de la circunstancia, sino que ha tenido capacidad, entereza y ánimo para lanzar a la letra impresa sus observaciones, siempre atinadas, medidas y correctas, en forma y fondo. Sus colaboraciones en el BOLETIN SYVA son, en verdad, la crónica de la vida veterinaria en los últimos decenios, sin descender a la anécdota. De ellas salen, expresamente, o en la neblina de la alusión, los personajes y personajillos que «han sido»...

La Veterinaria de los años veinte, cuando don Rafael es catedrático de nuevo ingreso, es un conjunto disarmónico, en el que coexisten minorías, que se han incorporado muy dignamente a las ciencias biológicas y a las humanidades, con reliquias del pasado menestral, representadas por el veterinario-herrador que, además, «entendía» de ganado. La agricultura española es arcaica, en todos los sentidos. Zonas considerables del país viven en un increíble atraso y la medicina veterinaria todavía está, en amplias áreas de minifundio, en manos de «prácticos». Todavía recuerdo, en los años cuarenta, la invitación de Rof Codina, en la vieja Escuela Superior de Veterinaria de León, para que los estudiantes encaminaran sus miras hacia Galicia, la tierra de promisión del Veterinario que quisie-

ra hacer algo por su país. Al lado de la masa amorfa, unas vigorosas individualidades se esfuerzan en sacudir la modorra, haciendo ver a sus compañeros la potencialidad de la Veterinaria como productora de riqueza, en el plano técnico, y como creadora de ciencia, por el lado de la investigación. Hay también, en muchas Escuelas de Veterinaria, catedráticos y profesores notables en sus específicas competencias, aparte de otros que alcanzan un claro relieve social y político, interviniendo en la administración provincial o municipal. Nos cita don Rafael a varios colegas de León y de Zaragoza, como don Cecilio Díez Garrote, que brilló en los ambientes sociales leoneses por sus finas maneras, su cultura de cuño clerical y su condición de alcalde de León. Otro tanto ocurrió con don Crisanto Sáenz de la Calzada, que fue Presidente de la Diputación leonesa, y don Tomás Rodríguez, histopatólogo consultado frecuentemente por los médicos. En Zaragoza se destacaron Martínez Baselga, que en su paso por León había alcanzado notable prestigio como periodista, y Moyano, varias veces concejal, junto con Galán, prestigioso alcalde de la ciudad del Ebro. Entiende don Rafael que en aquel entonces existía un foso profundo entre la minoría cultivada de la Veterinaria y los colegas en ejercicio. Por fortuna, creo que tal situación ya no existe, ni siquiera entre los actuales catedráticos y muchos veterinarios muy bien especializados, de quienes los docentes podemos aprender no pocas veces y no poco.

Don Rafael asiste a la creación de la Dirección General de Ganadería que, para los veterinarios españoles, fue «la más grande ocasión que vieron los siglos», tan tristemente fenecida en los últimos tiempos. ¡Qué diferencia de espíritu profesional! Aquella empresa había borrado las diferencias personales y de criterio, en pro de la consecución de un organismo específicamente veterinario, en el seno del Ministerio de Agricultura, como había otros de Montes y Agronómico... Ahora hemos sido disueltos en multitud de situaciones, cuya sola jerga ya es difícil identificar, en tanto que los otros dos cuerpos agrarios han conservado sus reductos: ICONA los ingenieros de montes; IRYDA los agrónomos. ¿Y los veterinarios? ¡Pues nadie movió un dedo!

Más tarde llega la conversión de las Escuelas en las Facultades y, con ello, una nueva imagen de la Veterinaria. Ya se «atreven» a seguir la carrera multitud de personas, de la más variada procedencia, no sólo los hijos de veterinarios o de labradores. Nuestros centros se inundan de estudiantes, que no pueden ser adecuadamente preparados, porque falta profesorado y, sobre todo, medios. La plétora es la inmediata consecuencia, seguida de un dramático descenso del alumnado, que llega a plantear seriamente la procedencia de suprimir alguna de las Facultades. Las cosas vuelven a su cauce en los últimos años y los centros de estudios veterinarios se pueblan de estudiantes de todos los tipos. Estamos en la cresta de otra onda y, desde luego, si llega a producirse una nueva plétora, si cabe esperar que los graduados se encuentren mucho mejor dotados para luchar profesionalmente, que lo estuvimos nosotros.

Este bosquejo histórico de la etapa veterinaria de don Rafael tuvo no pocos problemas, internos y externos. De puertas adentro, acaso el más serio, todavía no resuelto satisfactoriamente, ha sido la definición de lo que es la Veterinaria, problema en el que, paradójicamente, estamos menos de acuerdo los propios veterinarios. Históricamente, la raíz de la Veterinaria es la medicina animal, con sus derivaciones hacia la sanidad (zoonosis, inspección de alimentos, etc.). Eso es la Veterinaria en casi todo el mundo y, desde luego, en los países donde alcanza un nivel científico y social envidiable. Sin embargo, en España y en otros muchos países del área latina (con exclusión de Francia, posiblemente), muy certeramente se amplió el campo profesional hacia la producción animal (la «Zootecnia» de

nuestros clásicos del siglo pasado). Como derivación de tales estudios, se pretendió también la intervención en el proceso industrial de los productos ganaderos. De ahí el esfuerzo de Gordón y sus partidarios, de sustituir el título de Veterinario por el de ingeniero... Justo es confesar, que había también un deseo de eliminar una voz que tenía un cierto tono peyorativo, en boca de aquella sociedad. Ultimamente, sin embargo, por desvío de los responsables de tales enseñanzas, las antiguas «Industrias» han pasado a convertirse en «Industrias alimentarias», ampliando el campo de la higiene de los alimentos, que era competencia de la antigua «Inspección».

Pues bien. Esta ampliación del campo veterinario no se hizo sin luchas. Cada una de las nuevas especialidades se hipertrofió de tal manera, que un hombre del equilibrio y mesura de don Rafael, tuvo que tomar la pluma para defender, nada menos, que la ¡clínica veterinaria! A tales excesos se llegó. Pero sigamos el pensamiento del propio Profesor González Alvarez, a través de sus escritos.

El nacimiento de la Zootecnia veterinaria española tuvo su origen en el siglo pasado, pero no hubo «guerra civil» hasta que, por los años veinte, los entusiasmas de la producción animal creyeron difunta la actividad médica veterinaria. El estribillo de que había que «vivir del animal sano y no del enfermo», llevó a muchos ingenuos a pensar que la enfermedad podía eliminarse, poco menos que por decreto. Consecuentemente, las enseñanzas médicas veterinarias podían reducirse a algo más que un epitome, un adorno, para robustecer las enseñanzas de producción animal, economía, agricultura, etc. La beatería de la técnica, llevó al empleo, todavía frecuente, de la expresión «técnico-veterinario», olvidando que ello minimiza, en vez de ampliar, la significación del Licenciado en Veterinaria al que, por esta ignorante práctica, se equipara a los «husbandry-men» anglosajones y a nuestros Ingenieros Técnicos, los antiguos Peritos, carreras todas de grado medio.

Don Rafael, con moderados argumentos, intenta convencer a los catecúmenos del «nuevo» descubrimiento, de que la enfermedad es algo consubstancial a las actividades vitales. Que los nuevos sistemas de explotación pueden significar la desaparición de ciertos procesos, pero que, indudablemente, habrán de dar lugar a otros, lo que actualmente se conoce con el nombre de «Patología zootécnica». Que suponer que sólo las enfermedades infecciosas y parasitarias tienen interés, y pensar que los avances de la profilaxis van a impedir su aparición, es desconocer absolutamente el problema, porque también los agentes vivos se acomodan a las nuevas realidades e igualmente disponen de mecanismos equivalentes a una selección o mejora genética, que posibilitan modos de acción en que no se había pensado. Critica la noción de que la medicina del individuo, la clínica-clínica, ha periclitado. Eso será verdad —dice— en los países no desarrollados, con ganaderías de explotación extensiva, pero en las evolucionadas, cuando los animales valen mucho más vivos que con destino al matadero, la situación es precisamente la contraria. Finalmente, como en caricatura, llega a plantear el problema de la actividad veterinaria, una vez conseguida la eliminación de la enfermedad... ¿Para qué servirían los veterinarios? Además, si el problema estaba tan claro, era posible incluso resolver la catástrofe que es la enfermedad, mediante sistemas de seguros. ¿No era sospechoso que no se le hubiera ocurrido a nadie ponerlo en práctica? ¿Cómo era posible que los países de donde importábamos libros, ganado y productos ganaderos, tuvieran veterinarios clínicos?

En otro orden de cosas, recuerda a los zootecnistas lo fundamental de los es-

tudios genéticos que, en aras de la «práctica», tenían abandonados. Entiende que la actividad veterinaria, no sólo la zootécnica, tiene un substrato económico, que puede llevar a transformar una ganadería extensiva en la ganadería «sin paisaje», como él dice, pero eso no significa que «todo» lo veterinario haya de ser economía, ni que todos los veterinarios han de ser «economistas». Aparte de que la moda pasará y quedaremos donde tenemos que estar: como conocedores de los animales, inmersos en el proceso productivo y, por ello, con especiales cualificaciones para opinar certeramente de algunos aspectos del mismo. Todo ello sin iconoclasia, sin necesidad de suprimir sectores substantivos de la vida profesional.

Por último, apunta también la conveniencia de que se haga una zootecnia nacional, no por xenofobia, ni nacionalismo, sino porque, desgraciadamente, la mayoría de las publicaciones donde se formaban los veterinarios procedían de países cuyas condiciones de todo tipo, pero fundamentalmente las ecológicas, tenían muy poco que ver con la mayor parte de España, si se excluye la zona lluviosa de Galicia y Cantábrico. Ciertamente, no han variado mucho las circunstancias, y aún seguimos con traducciones inglesas, alemanas, francesas o norteamericanas, de las cuales cabe extraer ideas, sugerencias e incitaciones, pero no mucho a nivel de realización, aquí y ahora. Así ocurría —y sucede— que muchas decisiones tomadas sobre bases tan precarias, nos sentaban como un traje mal ajustado. Comenzando por las importaciones de razas, a la moda de quien mandara, sin preparar las bases sanitarias, de control de producción y demás, y abandonando las razas autóctonas de modo completo. ¡Cuánto cruzamiento, cuánto disparate genético! Como los nuevos ricos, hemos vendido las piezas valiosas de nuestro ajuar, para substituir los viejos arcones por muebles de «formica».

Y termina. Sí que es cierto que la profesión veterinaria tiene un carácter utilitario, pero eso no significa que pueda remodelarse a impulsos del momento, sin saber ciertamente cuánto hay de moda y cuánto de espejismo. Por sus pasos, avanzando con seguridad, pueden ampliarse los horizontes veterinarios, pero sin destruir nada. ¿No se estudiaba el caballo como modelo y ahora ha sido substituido por otras especies? ¿Por qué no cabe seguir tal experiencia? El zootecnista veterinario no puede perder su formación en patología animal, que es lo que puede darle superioridad sobre quienes hacen zootecnia desde otros orígenes. Ni puede olvidar que la producción animal en España precisa considerar el carácter mediterráneo, árido, de la mayor parte del país, tan alejado de las praderas de los países europeos de donde importamos ganado. Y no sólo pensar en producir, sino considerar todos los factores humanos, económicos, ambientales, sociales.

Otro frente conflictivo, que atrajo la atención de don Rafael fue la Broma-



tología. La clásica inspección de alimentos —no de mataderos, que eso sólo es una parte—, le parecía centrada perfectamente en la formación veterinaria y en armonía con el criterio sostenido universalmente. La introducción de la Bromatología no la rechazaba, por supuesto, pero entendía que se daba excesivo «énfasis», como ahora se dice a troche moche, a algo puramente adjetivo. Un campo en el que el veterinario tendría que soportar la competencia de otros profesionales, con preparación muchas veces superior (químicos, farmacéuticos, etc.), a los que, por los mecanismos de analogías de cátedras se les aceptaba la competencia en campos pura y exclusivamente veterinarios. Naturalmente, criticaba con energía a quienes pensaban —y piensan— que la práctica de la inspección veterinaria de alimentos había periclitado, para ser substituida por alambicados procedimientos químicos y bioquímicos que, si bien tienen aplicación, no pueden convertirse en algo que sea preciso ejercer día a día. En cambio, se volvía la espalda a la instrucción fundamental de matadero, que es y será, en muchos años, donde el veterinario es insustituible.

Por supuesto, siendo catedrático, don Rafael dedica muchas meditaciones al problema de las Facultades de Veterinaria, por las repercusiones que tienen en el futuro de la profesión, así como a la posición de la organización colegial ante las Facultades.

La primera llamada de atención se centra en la inseguridad en que, conceptualmente, se desenvuelven muchas veces los claustros de nuestros centros —como la organización colegial—, con la resultante correspondiente; unos planes de estudio que se modifican a impulsos de la moda, sin haber obtenido de su aplicación toda la capacidad que poseían; unas asignaturas que nadie sabe de dónde han salido y que, del mismo modo, desaparecen con la propuesta de otros planes; unos títulos de cátedras que son verdaderamente programáticos y minuciosos, absolutamente ajenos a lo que se lleva en otras Facultades; unos cambios de denominación puramente miméticos, como «táctica» profesional, para adquirir una competitividad profesional que el Ministerio de Educación y Ciencia no puede dar; etc., etc. Y, continúa, en la mayoría de los casos, cambios puramente acrílicos, excluyentes de todo lo anterior, como si a cada nuevo descubrimiento ya debieran arrumbarse los conocimientos anteriores. En alguna medida, esta situación reproduce los sucesivos desaguisados que se han cometido en el arte español, con motivo de las nuevas tendencias: retablos despedazados, para substituirlos por lo nuevo barroco o, peor aún, la eliminación de tallas de mérito por imágenes de escayola. Algo de eso hemos padecido.

Este mismo culto a la novedad tuvo en nuestras cátedras su expresión más completa, cuando se procedió a la renovación de muchas de las que habían permanecido sin dotación, a lo largo de los años de guerra y post-guerra. El nuevo catedrático, que substituíía al anterior, muchas veces especie de dómine repetidor de un sólo libro, pero otras veces, profesional de sólida formación, al abrigo de apariencias, corría el riesgo de convertirse, por mor de la moda, en el erudito superinformado, preso de su profuso fichero, incapaz de exponer con claridad y profundidad una teoría científica; en el hombre que aportaba una larga serie de trabajos por unidad de tiempo y que, en otro orden, podía exhibir un pasaporte cuajado de visados, por los innumerables congresos a los que había asistido. Aplaudió entusiasta la investigación que comienza a hacerse en nuestras Facultades, pero precave contra el «aparatismo», el realizar trabajos porque se tiene determinado instrumento, sin elaboración mental alguna. Lo que sigue siendo insustituible es la mente rectora, capaz de creación, sin ningún tipo de instrumento, en muchos casos.

En este mismo sentido llama la atención sobre el riesgo de lo que, entre nosotros, se llama «estilo universitario», entendido como una tendencia aristocratizante, especie de clerecía intelectual (sacerdotes del saber), que pretende imbuirse a los futuros veterinarios, en la inteligencia de que, si no es así, no van a ser considerados como «universitarios». Bien está, que se cultive la formación humanística —y lo dice don Rafael, que es un ejemplo claro de ello—, pero que tal adorno no se convierta en cortina de humo que oculte la inopia de una preparación. La sociedad reclama hombres cultos, que sepan en qué lugar está inserta su ciencia o su técnica, pero reclama también expertos en los campos profesionales que atribuye a los graduados en los correspondientes centros universitarios.

En el fondo, es una expresión del «complejo de inferioridad» de muchos veterinarios, que no tienen una fe clara en sus propios merecimientos, ni en la calidad de su profesión y que, como rechazo, son capaces de echárselas al mismo LEIBNIZ, como diría Menéndez y Pelayo, con unas simples lecturillas. El riesgo de tales aventuras extraprofesionales lo detecta rápidamente don Rafael, que recomienda el cultivo de las humanidades a cuantos se sientan con vocación y condiciones para ello, pero se precave de quienes simplemente quieren dar cauce a su vanidad. Otras profesiones universitarias pueden tener individuos cursis, o torpes, que no deterioran la imagen que se tiene de la colectividad, pero una profesión universitaria joven, como la Veterinaria, que arrastra tópicos sobre sus espaldas, no puede cometer semejante desatino. El fiar la nueva imagen de la Veterinaria que se quiere hacer, a los esfuerzos de la propaganda, es sumamente arriesgado, porque siempre se corre el riesgo de descubrir la grosera trama del tapiz, en ausencia de una labor eficaz de un alto porcentaje de sus componentes. En este sentido, qué duda cabe, han dado una imagen mucho más atractiva los éxitos con motivo de la lucha contra determinadas epizootias, o las mejores habidas en las calidades de nuestros ganados, que mil bailes de sociedad, a pesar de que también se hiciera Veterinaria bailando un rigodón, como dijeron nuestros predecesores.

Realmente, la sociedad española ha venido conociendo de modo inexacto, más que desconociendo, lo que es la Veterinaria. La consideración un tanto mediocre, casi peyorativa, de la que son testimonio las alusiones al veterinario en la literatura —como nos ha recordado Madariaga de la Campa— también preocuparon a don Rafael. En verdad, no cabe decir simplemente que la sociedad está equivocada, a pesar de que reconozcamos que sus mecanismos informativos no funcionan con suficiente rapidez, en algo que no interesa a los políticos. Lo procedente sería hacer autocrítica, para ver en qué medida somos responsables de tal estima y, una vez aclarado el problema, tratar de abordarlo desde dentro. Como antes decíamos, pesa sobre nosotros una tradición tópica, agravada por nuestra pertenencia al mundo experimental de la biología, no en la esfera médica que, con buenas razones nos preocupa a todos, sino en el medio rural, entre gentes de poca influencia, como son todos los miembros de la Cenicienta por antonomasia, la Agricultura y sus derivados. En España, habría que sumar también el desprecio hacia el trabajo manual, que caracterizó los años más «gloriosos» de nuestro imperio y que, en coletazos, sobrevive aún en nuestra sociedad. Ese fenómeno, que tradicionalmente ha llevado a los universitarios a preferir las humanidades por las ciencias, hasta los últimos tiempos, viene arropado por la estima que alcanzaron en la sociedad los hombres de letras, que parecían los únicos depositarios de la Cultura, con mayúscula. No pocas veces, muchos de estos hombres «cultos» no han sido otra cosa que meros eruditos, repetidores de lecciones aprendidas y carentes de todo sentido creador. Operadores con nociones prestadas, que no podían comprender que en los actos médicos veterinarios, aun

los más simples, subyacía una elaboración intelectual, fruto de largos años de aprendizaje humano y de ejercicio del discurso. Cabe mencionar la experiencia que tenemos muchos, de la sorpresa que llevan algunos universitarios cuando conocen a veterinarios que cultivan actividades extraprofesionales con dignidad. Igualmente, cuando, al visitar las Facultades de Veterinaria, advierten el clima de trabajo y de calidad científica que va lográndose en ellas, no inferior a la media de las Facultades universitarias de España.

En resumen, don Rafael González Alvarez, desde su especialidad de Histología y Anatomía patológica, se elevó para ver en toda su dimensión la profesión veterinaria. Con criterios de disector, ha separado sus partes, a medida que la actualidad lo demandaba, pero siempre ha terminado integrando las diversas piezas, para construir un sistema armónico, alejado de las exclusiones, de las hipertrofias y de la moda. Su gran sentido común, su equilibrio, su cultura y su lucidez, le han permitido alejarse de los maximalismos en que han caído muchos iconoclastas, cuyas posturas de hace unos años ya nadie recuerda. Ello no ha impedido que, en algunos momentos, le hayan colgado el sambenito de «aguafiestas», como él dice, o de fanático de los estudios médicos, pero, si alguna vez los claustros de las Facultades estuvieron acertados, acaso haya sido en la última propuesta de plan de estudios, donde se postularon las tres especialidades que constituyen la profesión (medicina animal, producción animal y economía, e higiene y tecnología de los alimentos), pero manteniendo el tronco común de la Veterinaria clásica para las tres. Esa batalla, puede tener don Rafael la satisfacción de haberla ganado, sin haber participado en ella en directo.

Don Rafael González Alvarez, anciano ya, vive en los alrededores de Madrid, constantemente atento a todos los movimientos culturales y profesionales de la patria. Es posible que alguna vez haya pensado, como Cervantes en el prólogo al Quijote, en aquella triste sentencia

«Donec eris felix multos numerabis amicos
Tempora si fuerunt nubila, solus eris...»

Acaso tenga razón, en parte, y le hayan fallado algunos. Pero en estas tierras de León, donde él nació, todavía le quedan amigos y admiradores.

León, 28 de noviembre de 1975

